

Domingo de Pentecostés. Ciclo A.

## **“Dios-EN-nosotros”.**

La fiesta de Pentecostés es la tercera gran Pascua cristiana, la tercera gran celebración liberadora. La primera fue Navidad, cuando Dios se hace humano y amigo, pobre y pequeño, cuando nos llueve y penetra la ternura, cuando nos abrimos a la esperanza porque Dios viene a liberar a su pueblo. La segunda fue la Resurrección, cuando Dios se hace espiga de primavera, vida y victoria, amor que vence toda esclavitud y toda muerte. La tercera, hoy, Pentecostés. Dios se hace aliento vivificante, fuerza insuperable, fuego de amores, es el don del Espíritu Santo, que todo lo recrea.

La “*Pascua florida*” se convierte en “*Pascua granada*”. El fruto de la Resurrección de Jesús es su ESPÍRITU; esto nos llena de inmensa alegría al contemplar lo mucho que Él nos quiere: es el **DIOS-EN-NOSOTROS**.

### **¿Qué nos dice la Palabra de Dios?:**

► La lectura de los Hechos de los Apóstoles nos narra las maravillas que Dios realizó el día del “pentecostés judío”: el *envío del Espíritu Santo*. PENTECOSTÉS: se cumplen los 50 días después de la Pascua; se cumple la promesa de Jesús: “**no os dejaré huérfanos**”. *El Espíritu está en la Iglesia y actúa en la Iglesia*; los discípulos, si no hubiese sido por su fuerza, nunca se hubiesen atrevido a anunciar al mundo la “resurrección de Cristo”. Hoy la Iglesia sigue proclamando que el Espíritu de Cristo permanece entre nosotros: “Cristo ha resucitado, resucitemos todos con Él”.

► Pablo en su carta primera a los cristianos de Corinto exhorta que si no es bajo el Espíritu Santo ningún ser se atrevería a decir que “Jesús es Señor”. Todos nosotros, seamos de la condición que seamos, *TODOS SOMOS HIJOS de un mismo Padre-Madre Dios (ABBA)*, que nos ha engendrado en Cristo Jesús por el Espíritu. Todos pertenecemos a la Iglesia porque en ella hemos sido bautizados en un mismo Espíritu.

► En el Evangelio se nos dice que los discípulos estaban llenos de miedo, en casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. ¡Cuántas veces nos pasa esto!: nos encerramos en nosotros mismos por miedo a que me vean cuando voy a misa, que no me señalen con el dedo por ser cristiano y me resigno a decir que “soy católico pero no practico” ¡y con esto me conformo en mi vida cristiana!. Jesús nos conoce y sabe lo que nos hace falta; por eso, en los momentos más críticos de nuestra vida, nos dice: “**paz... no temas que yo estoy contigo**”, “**como el Padre me envió así yo también te envió**” para que des a conocer a todos los hombres lo que de mí has aprendido, “**recibid el Espíritu Santo**”, el gran consolador de nuestras almas, nuestro compañero de viaje hacia la casa del Padre, el que *nos anima, alienta y vivifica*; *el DIOS-EN-NOSOTROS*.

**Para nuestra vida cristiana.** El Espíritu Santo es quien congrega a la Iglesia, es la energía oculta que hace de los cristianos una familia, un pueblo. En el Antiguo Testamento, la palabra Espíritu hace referencia al viento, también al aliento discreto y vital que anima a todos los hombres.

El Espíritu de Dios da a los profetas la fuerza y el coraje para actuar y hablar. El Espíritu de Dios animará un día al Pueblo entero de Dios.

El Espíritu Santo es un persona divina, fruto del amor del Padre y del Hijo. Jesús ha nacido gracias al Espíritu, ha vivido en el Espíritu y ha sido resucitado por el Espíritu del Padre. Al dejar a sus amigos, Jesucristo les promete que recibirán el Espíritu Santo. Él no nos deja solos, nos comunica el “aliento de Dios”: éste es el origen de la Iglesia.

El Espíritu Santo también se nos ha dado a nosotros. Con el Espíritu Santo nosotros tenemos aliento para caminar en pos de Jesús: buscar la verdad, perseverar en las dificultades, luchar contra el

mal, orar, vivir con los otros en paz y alegría. El Espíritu Santo hace fructificar en los creyentes las mismas actitudes de Jesús: alegría, paz, comprensión, servicialidad, lealtad, dominio de sí... y sobre todo el fruto máspreciado, un amor semejante al de Jesucristo; nos renueva interiormente, nos da una vida nueva, la vida de los hijos de Dios.

Quien recibe este Espíritu no sólo se santifica, sino que es capaz de santificar, de perdonar pecados, de trabajar por un mundo nuevo. Hay que alentar sobre toda muerte y toda impureza. Hay que dejarlo todo lleno de limpieza y hermosura. Hay que llenarlo todo del Espíritu de Jesús.

Digamos con toda la Iglesia:

*“Dáanos, oh Señor, tu Espíritu  
y renovarás la faz de la tierra”.*

Avelino José Belenguer Calvé.  
Delegado Episcopal de Liturgia.